

Jaime Gil Biedma

Antología poética

Prólogo de Javier Alfaya
y selección de Shirley Mangini González



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1981
Tercera edición: 2015
Segunda reimpresión: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: César Malet: Retrato de Jaime Gil de Biedma (1970)
© Album / César Malet
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Jaime Gil de Biedma
© del prólogo: Javier Alfaya

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9797-0
Depósito legal: M. 427-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo Jaime Gil de Biedma: el amor, la historia,
la muerte
- 29 Bibliografía

Antología

De *Compañeros de viaje* [1959]

- 37 Amistad a lo largo
- 39 Las afueras
- 43 Arte poética
- 45 Idilio en el café
- 47 Aunque sea un instante
- 49 El arquitrabe
- 51 Lunes
- 52 Ampliación de estudios
- 55 Las grandes esperanzas
- 57 De ahora en adelante
- 59 Los aparecidos
- 62 El miedo sobreviene
- 63 *Piazza del Popolo*
- 66 Canción para ese día

De *Moralidades* [1966]

- 69 En el nombre de hoy

- 71 *Barcelona ja no és bona*, o mi paseo solitario en primavera
75 Apología y petición
77 Noche triste de octubre, 1959
79 Albada
81 Conversaciones poéticas
84 Mañana de ayer, de hoy
85 *Happy ending*
86 A una dama muy joven, separada
88 Canción del aniversario
90 En el castillo de Luna
93 Asturias, 1962
94 Un día de difuntos
97 Años triunfales
99 *Peeping Tom*
101 Durante la invasión
103 Ruinas del Tercer Reich
105 Después de la noticia de su muerte
107 Intento formular mi experiencia de la guerra
110 Elegía y recuerdo de la canción francesa
113 En una despedida
116 Ribera de los alisos
120 Pandémica y celeste

De *Poemas póstumos* [1968]

- 127 Píos deseos al empezar el año
129 Contra Jaime Gil de Biedma
132 *Nostalgie de la boue*
134 No volveré a ser joven
135 Himno a la juventud

Índice

- 138 La calle Pandrossou
- 139 A través del espejo
- 140 Para Gustavo, en sus sesenta años
- 142 Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma
- 145 *De vita beata*
- 146 Artes de ser maduro
- 148 *De senectute*

- 151 Índice alfabético de primeros versos

Prólogo

Jaime Gil de Biedma: el amor, la historia, la muerte

*The words of a dead man
Are modified in the guts of the living.*

W. H. Auden, *In memory of W. B. Yeats*

*Da vida, o mais cruel
son os recordos, son
irmaos da morte que soñamos.*

Mar

*apagaos coa tua tersa lingua, distinto
e sempre xémeo, arreguizado ou calmo.*

Xavier Rodríguez Baixeras, *Nadador*

A los diez años de la muerte de Jaime Gil de Biedma (1929-1990) disponemos de suficiente perspectiva como para afirmar que su obra ha resistido bien el embate del tiempo, sobre todo si se tiene en cuenta que su actividad poética se quebró definitivamente en 1975 —es decir, quince años antes de su fallecimiento—. Gil de Biedma es hoy uno de los poetas en lengua española más difundidos y leídos de nuestro siglo, que ha traspasado la barrera de su generación —tomado este concepto en su sentido amplio, sin ninguna connotación metodológica—. Resulta curioso que un poeta como él, tan escéptico en cuanto

a las capacidades de su país para superar sus vicios y traumas históricos, se haya beneficiado de una aparente suspensión de ese sentido adánico de la existencia, tan español y tan denostado por nuestros pensadores liberales, una de cuyas notas distintivas consiste en la liquidación por parte de las generaciones emergentes de los modos, gustos e ideas de las que las han precedido en el tiempo. El público lector de la poesía de Jaime Gil de Biedma se ha renovado varias veces desde los años setenta y es muy significativo su éxito entre los lectores jóvenes. Acaso habría que atribuir ese éxito a la inmediatez emocional que trasciende de su poesía, a su decadentismo, infinitamente más elegante que el que encontramos en las derivaciones al *kitsch* de sus epígonos, al rechazo de los planteamientos ideológicos excesivamente ambiciosos y a su acierto para encontrar como forma de expresión un lenguaje coloquial fácilmente comprensible y que se sitúa en el polo opuesto de cualquier pretensión de hermetismo literario. La herencia de Gil de Biedma se encuentra, además, en el origen de una importante –y controvertida– corriente literaria conocida por el nombre de *poesía de la experiencia*, un concepto que él mismo introdujo, o ayudó a introducir, en España durante los años sesenta.

Nacido en Barcelona, en el seno de una familia de la alta burguesía castellana afincada en Cataluña –era nieto del político Santiago Alba, liberal conservador y regeneracionista, y primo lejano del escritor Miguel Delibes–, Jaime Gil de Biedma debió de tener lo que suele llamarse una niñez y una adolescencia felices. Criado y educado en un

ambiente social que le permitía mantenerse al margen o por encima de la asfixiante realidad de la vida española, en la que todavía permanecían abiertas y supurantes las heridas de la guerra civil, a la hora de elegir una carrera Jaime Gil se inclinó por la de Derecho, iniciada en 1946 y concluida en 1951. En la universidad de Barcelona conoció y trabó amistad con otros estudiantes como Carlos Barral, Alberto Oliart, Joan Reventós, etc. Al terminar la carrera se preparó para ingresar en la Escuela Diplomática, pero al ser suspendido en el ejercicio de cultura y composición en español, no volvió a intentarlo. En 1953 pasa seis meses, entre enero y julio, en la Universidad de Oxford, donde tiene su primer contacto en lengua original con la poesía inglesa y trata asiduamente a dos personas, Alberto Jiménez Fraud y Natalia Cossío, representativas del exilio republicano y de la tradición pedagógica y humanista de la Institución Libre de Enseñanza. En ese mismo año, *Laye*, una revista universitaria, por supuesto oficial pero abierta a una tímida disidencia intelectual, publica un cuadernillo con doce poemas suyos bajo el título de *Según sentencia del tiempo*. Dos años más tarde, en 1955, Seix Barral, que con la presencia de Carlos Barral, Jaime Salinas, Juan Petit, Josep M. Castellet o Gabriel Ferrater, se convirtió en la editorial de vanguardia de la literatura española y extranjera del momento, publicó el ensayo de T. S. Eliot *Función de la poesía y función de la crítica*, traducido por Jaime Gil de Biedma, autor también del prólogo, recogido muchos años después en la colección de artículos y ensayos *El pie de la letra*.

Unos meses más tarde, los médicos le diagnosticaron al poeta una lesión pulmonar que le obligó a recluirse

durante unos meses en la propiedad familiar de Nava de la Asunción, en la provincia de Segovia, donde había pasado la guerra civil, y que aparece con frecuencia en sus poemas.

En febrero de 1959, Jaime Gil de Biedma asistió en Collioure, en el sur de Francia, al homenaje a Antonio Machado, en el que estuvieron presentes numerosos escritores y artistas españoles y franceses, y que tuvo una clara adscripción antifranquista. Son esos años –finales de los cincuenta, principios de los sesenta– los de mayor compromiso político del poeta con la izquierda marxista, que se refleja incluso en el título del libro de poemas que publica entonces, *Compañeros de viaje*. Después vendrán *Cuatro poemas morales* (1961), *En favor de Venus* (1965), *Moralidades* (1966), *Poemas póstumos* (1968) y, finalmente, en 1975, *Las personas del verbo*, donde reúne sus últimos poemas y aquellos procedentes de sus primeros libros que desea rescatar. A partir de entonces no publica más poesía. Su única obra importante aparecida entre 1975 y el año de su muerte es el ya citado volumen titulado *El pie de la letra*.

Autor de una obra breve y de alta calidad, fruto de un trabajo lento y reflexivo, Jaime Gil de Biedma tuvo una infrecuente doble personalidad creativa: de poeta y de crítico literario. Pero crítico literario de verdadera altura, es decir, capaz de fundir la capacidad de criterio selectivo, la apreciación del hecho literario y la erudición con una sólida formación teórica. Gil de Biedma fue, como tantos escritores y escritoras de nuestro país, un autodidacto, al menos en lo que a educación literaria se

refiere. Lector voraz, tenía un conocimiento profundo de la literatura medieval y de la del Siglo de Oro español, así como de la literatura en lengua francesa y en lengua inglesa. Un libro como el que dedicó a su obra Shirley Mangini, que el propio Jaime Gil supervisó, nos sirve para hacernos una idea de cuáles fueron las lecturas que, según su propia indicación, le impresionaron en un momento de su vida, y de las cuales quizá en algún caso sea posible rastrear cierta influencia en su obra.

Así, en el libro de S. Mangini nos encontramos con escritores como Marcel Proust, Gide —su libro autobiográfico *Si le grain ne meurt*—, Rilke, Rimbaud, Stendhal, Eliot —primero en la traducción de Vicente Gaos de los *Four Quartets*, posteriormente en el original—, Baudelaire, Auden, Cavafis, Fielding, Pound, Boileau, Spender, E. E. Cummings, Víctor Hugo, Nabokov, Marguerite Yourcenar, James Baldwin, Gabriel Celaya, P. J. Toulet, Alejo Carpentier, los clásicos griegos, Catulo, Borges, Isherwood, Corpus Barga, Gombrowicz, Angus Wilson, Villalonga, Byron, Gregor von Rezzori, George Barker, Saint-John Perse, Gil-Albert, etc. Por supuesto, esta lista no tiene nada de exhaustiva y a ella hay que añadir por lo menos los nombres de Luis Cernuda, Jorge Guillén —a quien dedicó un importante estudio—, Vicente Aleixandre y Antonio Machado, además de unos cuantos historiadores como E. H. Carr, autor de una monumental *Historia de la Unión Soviética*, y de unos cuantos teóricos en lengua inglesa de la literatura, como los ya citados Auden y Eliot —tan presentes a lo largo y a lo ancho de su obra—, Edmund Wilson, Herbert Read, William Emp-

son, Robert Langbaum –autor de un ensayo titulado *The Poetry of the Experience*–, etc.

Los grandes temas de la poesía de Gil de Biedma son muy tradicionales: el amor, la amistad, el paso del tiempo y, durante un cierto tiempo, la crítica socio-política. En sus primeros poemas es perceptible la huella de Jorge Guillén; al estudio de cuya obra, como ya hemos visto, dedicó un ensayo que, como él mismo señaló alguna vez, inició con un entusiasmo que poco a poco se fue enfriando por razones no muy claramente especificadas. Hay huellas también en esos primeros poemas de Cernuda, un poeta por el que sintió verdadera devoción, con el que se carteó a lo largo de un tiempo y al que dedicó, a su muerte, un poema elegíaco. En las breves notas que acompañan la edición de *Las personas del verbo*, Jaime Gil expone las razones que le movieron a no incluir determinados poemas en ella. Así señala que:

De la sección tercera y final he suprimido un poema, «Desde lejos», en el que deliberadamente conspiré para enmascarar la influencia de Jorge Guillén con imitaciones y «collages» de Antonio Machado. Su deshonestidad hace ya muchos años que me causa rubor.

Realmente se puede decir que hasta *Moralidades* Gil de Biedma no pasa de ser un poeta con notable capacidad técnica, pero no mucho más. Hay todavía en su poesía cierta inseguridad y sobre todo en ella no se ha afirmado aún una voz plenamente personal. La lectura de los poetas en lengua inglesa, en especial Eliot y Auden, pero también Spender, Louis MacNeice y George Bar-

ker, y aún más atrás también Robert Browning –un poeta también admirado por Cernuda–, Byron y, quizá más que ningún otro, John Donne, le hicieron muy posiblemente encontrarse como poeta. De los autores franceses fue Baudelaire del que se sintió más próximo, aunque en algunos poemas de sus últimos años es posible encontrar también huellas de Éluard y sobre todo de Jacques Prévert, citado explícitamente en su poema «Elegía y recuerdo de la canción francesa», homenaje a una época y a su expresión sentimental en una música y poesía de un lirismo desgarrado, bohemio y sensual, de moda en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

En Gil de Biedma había una conciencia muy aguda de los límites en que se movía la poesía española, no sólo la contemporánea. La constante búsqueda de la pureza, el rechazo de una temática en la que pudieran entrar componentes psicológicos o morales, el alejamiento deliberado del habla cotidiana, eran características que chocaban con la sensibilidad de un poeta que pretendía, en una línea muy cernudiana, decirlo todo en poesía. Por eso sintió desde su juventud una notable inclinación hacia la poesía en lengua inglesa, mucho menos formalista y retórica, que prácticamente no reconoce límites ni temáticos ni expresivos. Un poema como «The Love Song of J. Alfred Prufrock», de T. S. Eliot, que, en la estela de los largos monólogos dramáticos de Browning, utiliza una absoluta libertad de lenguaje, y en el que lo real inmediato, incluso en sus manifestaciones más deprimentes y sórdidas, y la reflexión filosófica se dan la mano, debió de deslumbrar a Jaime Gil. Por contra, la poesía

española debía de sonarle a excesivamente encorsetada. En ella estaba puesta la letra para la renovación temática y lingüística, pero no la música. Como es sabido, Campoamor había teorizado sobre la necesidad de superar los estrechos límites en que se movía nuestra lírica, pero con una notoria incapacidad de llevar su programa a la práctica. Hay interesantes intentos a principios del siglo XX de integrar el prosaísmo en la escritura poética, como es el caso de un poeta relativamente poco leído como José Moreno Villa y posteriormente en el primer Pedro Salinas. Pero fue en el escenario de los años de luchas sociales y políticas y de renovación cultural en ciernes de la época de la Segunda República cuando se hicieron más evidentes los intentos de llevar a cabo una profunda renovación de nuestra poesía, cuya expresión teórica más importante es quizá el famoso *Manifiesto sobre una poesía sin pureza*, de Pablo Neruda, publicado en la revista *Caballo Verde para la Poesía* en octubre de 1935 en Madrid. El programa de Neruda era bien claro:

Así sea la poesía que busquemos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena, salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley.

Y aún más claramente en el párrafo final:

Y no olvidemos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás por el frenético libresco: la luz de la luna, el cisne en el anochecer, «corazón mío», son sin duda lo poé-

tico elemental e imprescindible. Quien huye del mal gusto cae en el hielo.

En Neruda, entonces integrado en la vida española, letra y música casaban y sólo la catástrofe de nuestra guerra civil truncó esa renovación que empezó a apuntar en la poesía comprometida del momento, liquidada por el triunfo fascista, con su secuela de neoclasicismo marmóreo y garcilasismo. Pasarían años antes de que con la llamada poesía social se abriera paso una nueva tentativa de renovación expresiva.

No hay constancia, al menos en la obra publicada, de cuál sería la posición de Gil Biedma ante un texto como el *Manifiesto* nerudiano, aunque sí sabemos algo más de su posición ante la poesía social, nada entusiasta aunque sí respetuosa. En Gil de Biedma había una contención, aprendida en sus tantas veces citada frecuentación de los poetas en lengua inglesa, que tal vez le hiciera considerar con frialdad las expansiones un tanto explosivas de Neruda, pero no cabe duda de que no debía de sentirse demasiado lejos, al menos en cuanto al propósito último, del *Manifiesto*.

Es en *Moralidades* y en *Poemas póstumos* donde nos encontramos al mejor Jaime Gil de Biedma. En una carta, con fecha de 22 de octubre de 1975, al autor de este prólogo con motivo de un artículo publicado en el desaparecido semanario *El Europeo* acerca de su libro *Las personas del verbo*, el poeta señalaba:

Su crítica es muy halagüeña para mí, y su diagnóstico de que mi poesía ha llegado a un punto de crisis, muy inteligente, y

probablemente más acertado de lo que usted mismo haya podido sospechar. No sé cuánto saldrá de esa crisis, no sé siquiera si saldrá, porque no hay nada que yo conscientemente pueda hacer para encontrar la salida. Ojalá sea verdad que, como dijo Milton: «They also serve, who only sit and wait».

Y en cualquier caso, personalmente, la aventura me valió la pena: haber vivido unos años –los de *Moralidades*– en los que me sentía capaz de decirlo todo en poemas.

En *Compañeros de viaje* ya se esbozan los temas que se desarrollarán plenamente en *Moralidades*. Es un libro que apunta hacia una evolución latente, que pugna con fuerza por manifestarse. Los grandes temas de la poesía de Jaime Gil se encuentran ya ahí. Por ejemplo, esa búsqueda de la fraternidad, que será el tema central de sus poemas políticos, aparece bellamente sugerida en un poema como «Amistad a lo largo»:

Pero callad.
Quiero deciros algo.
Sólo quiero deciros que estamos todos juntos.
A veces, al hablar, alguno olvida
su brazo sobre el mío,
y yo aunque esté callado doy las gracias
porque hay paz en los cuerpos y en nosotros.

Ese «nosotros» de este poema está henchido de significado, es un vigoroso paso adelante en la aceptación de un compromiso intelectual con la causa de la resistencia antifranquista que reaparece en un poema como «El ar-

quitrabe», donde las alusiones políticas son todavía más claras o en «*Piazza del Popolo*». Tras estos poemas hay unas anécdotas a las que se refirió el poeta en sus cartas o en sus conversaciones privadas. En «El arquitrabe» el núcleo central es un comentario sarcástico a un artículo de uno de los más destacados ideólogos del franquismo, Adolfo Muñoz Alonso, el llamado «filósofo de los sindicatos» (verticales, naturalmente), y en el segundo, dedicado a la filósofa exiliada María Zambrano, se evoca una manifestación política en Roma que terminó con el canto de *La Internacional*.

Es la fase ascendente del período más politizado de la poesía de Gil de Biedma. Éste había seguido desde lejos, pero con gran interés, el desarrollo del inicio de la rebelión estudiantil que alcanzó su clímax en febrero de 1956 en Madrid. La importancia histórica de lo sucedido entonces es bien clara: se trataba de la primera fisura pública en el hasta entonces monolítico bloque franquista. Que los hijos de los vencedores y de los vencidos de la guerra civil marcharan juntos en manifestaciones de protesta contra el monopolio del sindicalismo estudiantil por parte de la Falange a través del SEU (Sindicato Español Universitario) supuso una sacudida para el régimen. Sacudida que, muy posiblemente, se quedó en mucho menos de lo que al principio parecía preludiar, debido a la práctica inexistencia de una oposición no comunista en España. Pero el hecho de que los estudiantes se enfrentaran con las fuerzas de orden público con la consigna de una democratización de la vida española provocó un considerable impacto social, acallado, por supuesto, por unos medios de co-

municación absolutamente serviles ante el poder franquista.

El compromiso político de Gil de Biedma, que se reflejó tanto en su poesía como en sus tomas de posición pública –por ejemplo, al firmar, junto con un centenar más de intelectuales, la famosa carta al ministro de Información y Turismo, Fraga Iribarne, denunciando las torturas practicadas por la policía y la guardia civil con los mineros en huelga y sus familias en 1962–, fue breve pero intenso. En *Moralidades* nos encontramos con poemas como «Apología y petición», «Noche triste de octubre, 1959», «Un día de difuntos» –acaso el mejor de todos–, «Años triunfales» –en el que se encuentra, en opinión de Carme Riera, una cita de la novela *Año tras año* del novelista comunista Armando López Salinas, prohibida en España y publicada en Francia–, «Asturias, 1962» –con el fondo de las grandes huelgas de los mineros asturianos en ese año– o «Durante la invasión» –sobre el intento de desembarco de fuerzas contrarrevolucionarias cubanas apoyadas por los EE. UU. en la bahía de Cochinos.

En la poesía política de Gil de Biedma, al igual que en la de otros colegas y amigos suyos de la llamada promoción de los cincuenta, como Ángel González, José Ángel Valente o José Agustín Goytisolo, queda atrás ya la tensión épica que caracteriza algunas de las composiciones de los poetas encuadrados con mayor o menor justicia en la llamada poesía social, como Gabriel Celaya, Blas de Otero o Eugenio de Nora. Ha desaparecido el énfasis imprecatorio y el dramatismo, dando paso a un lenguaje mucho más pegado a la realidad desnuda de los hechos.

Así, en un poema como «Asturias, 1962», que evoca, como ya señalamos, las huelgas de la minería en un año crucial para el nacimiento de un nuevo movimiento obrero en España, la economía de medios utilizados por el poeta le presta una emoción especial y perdurable. Los versos finales expresan magistralmente la esperanza que despertaron aquellas huelgas, con una imagen de una extraordinaria simplicidad:

Nos vuelve a visitar la confianza,
mientras imaginamos un paisaje
de vagonetas en las bocaminas
y de grúas inmóviles, como en una instantánea.

Uno de los poemas más conocidos de Jaime Gil de Biedma, «*Barcelona ja no és bona*, o mi paseo solitario en primavera», cuyo subtítulo repite el título de una composición del poeta neoclásico Nicasio Álvarez de Cienfuegos, y que es uno de los más logrados de su producción, refleja muy bien las razones de su evolución ideológica.

Y a la nostalgia de una edad feliz
y de dinero fácil, tal como la contaban,
se mezcla un sentimiento bien distinto
que aprendí de mayor,
este resentimiento
contra la clase en que nací,
y que se complace también al ver mordida,
ensuciada la feria de sus vanidades
por el tiempo y las manos del resto de los hombres.

Oh mundo de mi infancia, cuya mitología
se asocia –bien lo veo–
con el capitalismo de empresa familiar!

Fue durante esos años cuando Gil de Biedma se sintió próximo al Partido Comunista e incluso, al parecer, solicitó el ingreso en éste, lo que provocó un penoso incidente. El poeta fue rechazado con el pretexto de que su heterodoxia sexual lo hacía más vulnerable que otros militantes y más expuesto a presiones y chantajes.

Pero en *Moralidades* hay algo más que política. En ese libro se encuentran algunos de los poemas más intensos de Gil de Biedma y de más punzante melancolía al considerar el paso del tiempo y las huellas que deja por igual tanto en los cuerpos como en los sentimientos. Así un poema como «Pandémica y celeste» sobre las dos Afroditas de las que habla Platón, la Afrodita Urania o Celeste, diosa del amor puro, y la Afrodita Pandemo o Popular, diosa del amor vulgar, cuya primera estrofa culmina con una cita literal de Baudelaire, medio en español, medio en el francés original:

Que te voy a enseñar un corazón,
un corazón infiel,
desnudo de cintura para abajo,
hipócrita lector –*mon semblable, –mon frère!*

Y en el mismo poemario nos encontramos con poemas de una inspiración muy diferente, como esa deliciosa rememoración nostálgica de su infancia en tierras de Sego-

via en «Ribera de los alisos», que también constituye una rencorosa exposición de un viejo agravio contra los «mayores».

Así fui, desde niño, acostumbrado
al ejercicio de la irrealidad,
y todavía, en la melancolía
que de entonces me queda,
hay rencor de conciencia engañada,
resentimiento demasiado vivo
que ni el silencio y la soledad lo calman,
aunque acaso también algo más hondo
traigan al corazón.

El flujo de la vida, irrevocable y fatal, es sentido cada vez más como una injuria —ese sentimiento tan vivo en otros poetas como W. B. Yeats o Cernuda—, que en nuestro poeta hace acto de presencia a una edad que podemos considerar relativamente temprana: la primera madurez, entre los treinta y cinco y cuarenta años. Entonces el deseo de los cuerpos «a ser posible jóvenes» queda perturbado por una conciencia de la transitoriedad de la vida. En Gil de Biedma no hay nunca nostalgia de la trascendencia, pero sí una conciencia clara del lento degradarse de la materia de la que estamos hechos y del efecto que eso tiene en nuestra relación con los demás. Poeta laico hasta la médula de los huesos, del cual podría decirse lo mismo que decía Marguerite Yourcenar de Cavafis —que le era ajena «toda noción de pecado»—, en Jaime Gil el paso del tiempo no le lleva a buscar refugio en ninguna ideología de carácter consolador. Un